

CARTA PASTORAL NÚMERO 13

La palabra amor indica el afecto por el cual se busca el bien de la persona amada. Para Jesús, la ley de Dios se resume en amar a Dios y al prójimo como a sí mismo. A comienzos del siglo XX, cuando el mundo se vio envuelto en las guerras mundiales, monseñor profetizó acerca del veneno sembrado por el comunismo, que predica el odio en vez del amor, y la idolatría a las criaturas en lugar del amor al Creador de todas las cosas.

Esta es una profecía de monseñor Builes, que se está cumpliendo en este siglo XXI, cuando la gente se olvida de Dios y se inventa sus propios ídolos para “adorarlos”.

11 de febrero de 1931

EL AMOR DE DIOS Y DEL PRÓJIMO

Monseñor Miguel Ángel Builes

Obispo de Santa Rosa de Osos



De dos males se queja Dios por boca del profeta Jeremías, contra su pueblo ingrato: de que le han dejado a Él y de que se han vuelto a las criaturas.

“Pasmaos, cielos, de ello, asustaos y llenaos de espanto —oráculo de Yahvé—. Doble mal ha hecho mi pueblo: a mí me dejaron, manantial de aguas vivas, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas, que el agua no retienen” (Jeremías 2, 12-13).

En la época en que vivimos, de naturalismo y de materia y de progreso material a expensas del espíritu y del alma inmortal, bien puede quejarse nuestro Señor como se quejaba de su pueblo; porque los hombres nacidos para Dios y para el cielo dejan a Dios para entregarse a sus anchas a los ídolos de las pasiones. Los hombres, olvidados del orden sobrenatural, viven como si su fin estuviera en las criaturas.

Con todo, somos de Dios y hechura de sus manos y en la tierra estamos solo para ganar el cielo.

— I —

Toda la ley se resume en dos amores: el amor de Dios y el amor del prójimo. Y no solo olvidan los hombres el primero y principal mandamiento, sino también la caridad fraterna. Echemos una mirada sobre el mundo y veremos cómo no hay amor de Dios ni amor del prójimo. Europa, convaleciente todavía de la espantosa guerra de 1914, está al borde de una

nueva conflagración, tan pavorosa que, en su comparación, la pasada será como la llama de un cirio ante el sol; la América viene sufriendo convulsiones de agonía por las semillas de socialismo importadas desde la Rusia soviética; y nuestra amada patria, la más favorecida por Dios, se estremece inquieta y como envenenada, presintiéndose ya la catástrofe para días muy cercanos, si la mano misericordiosa y providente de su Rey divino no calma la tempestad que ruge pavorosa y amenazante. Y ¿la causa? No la busquéis en otra parte, sino en el olvido de Dios y de su santa Ley, en la falta de amor de hermanos que nos hace aparecer como si no fuéramos discípulos de Jesús: "Todos conocerán que sois discípulos míos en una cosa: en que os tenéis amor los unos a los otros" (Juan 13, 35).

Por otra parte, el dios dinero se lleva los homenajes que se le deben a Dios y la fiebre del placer consume la generación actual, cumpliéndose aquella palabra terrible del Salmista: "No hay quien haga el bien, ni uno siquiera" (Salmo 53, 4). ¿Por qué, pues, olvidarnos, oh hijos nuestros muy amados, de que salidos de las manos de Dios debemos volver a Él, y de que, siendo Él nuestro origen, Él mismo es necesariamente nuestro fin, y no las criaturas, que son tan solo medios para subir a Dios?

Durante muchos años buscó san Agustín su felicidad en las criaturas: en su potente y clara inteligencia, en su corazón grande como el mundo y ardiente como un volcán en erupción; buscola en la ciencia mundanal, en la fama que le llevaba triunfante en sus alas poderosas; buscola en los placeres de la carne, buscola en los halagos del mundo, y halló tan solo desilusión y desencanto, ansiando siempre algo superior. Por eso una vez convertido exclamaba: "Nos habéis hecho, Señor, para vos, y nuestra alma estará inquieta mientras no descansa en vos". Era el eco de aquel otro grito del rey Salomón, quien, después de haber poseído una ciencia superior a la de todos los hombres del pasado y del porvenir, después de haber acumulado las más ingentes riquezas de que pueda un hombre disfrutar, después de haber brillado como un sol en el pináculo de la gloria, después de haber libado hasta las heces la copa de todos los placeres, exclamaba, reconociendo que en solo Dios puede saciarse cumplidamente el alma inmortal hecha para Él: "¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad!" (Eclesiastés 1, 2), menos amar a Dios y servirle a Él solo.

No está, pues, la felicidad en las criaturas, no está en la gloria humana y los honores, no está en las riquezas, no está en los placeres. La felicidad está en "conocer, amar y servir a Dios en este mundo y después verle y gozarle en el otro".

Pero ved, amados hijos, ved cómo viven hoy los hijos de Dios: una multitud inmensa de católicos le desconoce y le desprecia; no hay amor para Dios porque las riquezas y el placer ocupan el solio que Dios debía ocupar en los corazones; no se sirve a Dios porque se sirve a las criaturas y es claro que nadie puede servir a dos señores. Y por eso las almas se pierden y van cayendo en el infierno, como las hojas secas arrebatadas por el viento.

- II -

Recordad, además, que las obras para que sean meritorias y de valor para la vida eterna deben proceder de un principio sobrenatural y tender a un fin igualmente sobrenatural; deben hacerse en estado de gracia y con el fin único de agradar a Dios y salvar el alma. Nunca una

rama seca, cortada del árbol, produjo fruto; nunca un sarmiento cortado de la vid produjo racimos; nunca un miembro cortado del resto del cuerpo participó de su vida. Por lo cual, ningún cristiano separado de Cristo por el pecado mortal podrá hacer obra alguna meritoria para la vida eterna como lo dice el mismo nuestro Señor: "Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él dará mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer" (Juan 15, 5). Por esto dice la doctrina cristiana: "Las obras hechas por los que están en pecado mortal no son meritorias, ni satisfactorias, sino solamente impetratorias, en cuanto por ellas se pueden alcanzar algunos beneficios del Señor".

Cuánto interesa, pues, vivir en gracia santificante para no ser rama seca, incapaz de producir fruto, como lo dice el Señor: "Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, tampoco vosotros podréis si no permanecéis en mí" (Juan 15, 4). Esta unión no puede existir sin la gracia santificante. Pero fijaos bien, oh fieles muy amados, en esta otra amenaza terrible para los que viven en pecado mortal: no es el único mal la pérdida e inutilidad de las obras, es también la suerte infeliz de estas almas. "Si alguno no permanece en mí, es cortado y se seca, lo mismo que los sarmientos; luego los recogen y los echan al fuego para que ardan" (Juan 15, 6). Luego, para vivir unido a Cristo y producir obras meritorias y no ser arrojado al fuego como rama seca, es menester vivir en estado de gracia.

- III -

¿Deseáis ser felices en la eternidad? ¿Deseáis salvaros? Para poder lograr este fin único, para que habéis nacido, debéis pensar a menudo en el negocio de vuestra salvación. Se quejaba el profeta Jeremías diciendo: "Totalmente desolado está el país, y no hay quien se preocupe de ello" (Jeremías 12, 11). Si pensáramos con frecuencia en este que es el único negocio, no habría tantos crímenes, tanta desolación, tanta ruina espiritual tantas almas que se pierden.

Jesús, el Maestro divino que ha venido a enseñarnos el camino de la verdad y la ciencia de la salvación, ha hablado, y sus palabras son claras, decisivas, infalibles: son un cúmulo de máximas santísimas que ofrecen a nuestro entendimiento más justa y más cabal idea de nuestra salvación. Según estos oráculos divinos, la salvación es un negocio necesario y personal.

Dice nuestro Señor: "Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Juan 10, 10). Es la vida de la gracia semilla de eterna salvación. Y enseñándonos la necesidad de seguirle a Él solo dice: "¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida?" (Mateo 16, 26). ¿De qué sirven los placeres que duran un momento?, ¿de qué sirven las riquezas que consume el orín y la polilla?, ¿de qué sirven los honores que se lleva el viento, si al fin se pierde el alma, que irá al lugar de los tormentos sin fin, de las privaciones, el hambre y la sed, de la perpetua humillación? ¿A qué vienen pues las preocupaciones por los bienes perecederos, que quitan la paz? "Buscad más bien su Reino, y esas cosas se os darán por añadidura" (Lucas 12, 31). Sin embargo, vamos como unos locos buscando, desolados, el placer y las comodidades, a costa del alma inmortal, cuando debemos buscar solo a Dios hasta encontrarle y hallar en Él la vida y la felicidad. "Pues quien me encuentra, encuentra la vida y obtiene el favor de Yahvé" (Proverbios 8, 35).

San Pablo, haciendo eco a las palabras de nuestro Señor, dice: "Dios no nos ha destinado para la ira, sino para obtener la salvación por nuestro Señor Jesucristo" (1 Tesalonicense 5, 9); "esmeraros en vivir con tranquilidad, ocupándoos en vuestros asuntos" (1 Tesalonicense 4, 11); "trabajad con sumo cuidado por vuestra salvación" (Filipenses 2, 12).

Pero ese negocio es personal, y esto lo olvidan muchos cristianos despreocupados, que creen que Dios los tiene que salvar ya que los crió, aunque violen sus santos mandamientos, o creen que los salvarán las oraciones y las lágrimas de su mujer o de sus hijos, o del sacerdote que ora en el altar. "El que te hizo sin ti, no te salvará sin ti", dice san Agustín. Luego, cada uno de vosotros debe trabajar por su propia salvación, y todas vuestras penas y alegrías han de dirigirse a lograr la salvación.

San Ambrosio nos recuerda que nuestra salvación nos pertenece y nos interesa personalmente, pues no es negocio que se pueda confiar a otro. Los negocios del mundo se pueden hacer por medio de recomendados, pero no el negocio de la salvación, que es personal y de cada uno de nosotros, pues dice el Apóstol que el Señor dará a cada uno según sus propias obras y que cada uno llevará su carga y cogerá lo que hubiere sembrado. Cuando os presentéis ante el terrible tribunal en el día del juicio particular, no irá nadie a acompañarnos ni a responder por vosotros y solo vuestra obras, buenas o malas, os seguirán. Haced, pues, obras de justicia, oh amados hijos nuestros; trabajad personalmente por vuestra salvación, ya que es negocio que os interesa personalmente. Pensad en vuestra alma, que es la parte principal de vuestro ser. Si tuvierais dos almas, podríais quizás exponer la una; pero solo una tenéis y, si os sorprende la muerte en pecado, nada habréis hecho, se malogrará en vosotros la sangre de Cristo y os hundiréis en el abismo del infierno, en donde no hay redención.

Dijo nuestro Señor a Marta: "Solo una cosa es necesaria para salvarse" (cf. Lucas 10, 42). En consecuencia, busquemos los medios para salvarnos y pongámoslos en práctica. Estos medios son: el amor de Dios, que se prueba no violando ninguno de sus preceptos; el amor del prójimo que perdona de corazón las injurias por grandes que sean; la práctica de todas las virtudes; el espíritu de sacrificio que nos haga negarnos a nosotros mismos y llevar nuestra cruz con alegría; el ejercicio, en fin, de las buenas obras, que son la escala por donde se sube al cielo.

Para terminar, os recomendamos encarecidamente la oración fervorosa, para que Dios no nos castigue con el hambre, la peste o la guerra, la terrible guerra que cierne sus alas fatídicas sobre Europa, sobre América, sobre el mundo. Haced penitencia, haced penitencia y orad, porque de otro modo todos igualmente pereceréis. Haced penitencia, que la penitencia abre las puertas de la gloria.

La presente pastoral será leída en dos domingos consecutivos, a la hora de las misas, en todas las iglesias y capillas de nuestra Diócesis.

Dada y firmada por nos, sellada con nuestro sello y refrendada por nuestro secretario a 11 de febrero de 1931, día de Nuestra Señora de Lourdes.

+ Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosa de Osos